

Significado social de la lectura

Marcela Dávalos

“El comercio del libro en Nueva España”, de Liborio Villagómez; “Los amantes de la ciencia. Una historia económica de los libros del Real Seminario de Minería”, de Eduardo Flores Clair, y “Un autor en apuros: José Joaquín Fernández de Lizardi”, de Isabel Quiñonez.

La idea de comentar las ponencias que hemos escuchado esta mañana es muy simple. No tendría sentido intentar añadir algo al trabajo de los especialistas, como tampoco lo tendría especular sobre sus posibles carencias. Simplemente me gustaría darles contexto dentro del tema del simposio *El Mundo del Libro*.

Todos nosotros sospechamos la muerte del libro tal como hoy lo conocemos. Supongo entonces que la importancia que se le ha dado en los últimos años está relacionada con la amenaza de su desaparición ante otros medios masivos de comunicación.

Esta expectativa es la que nos ha llevado a rastrear la historia del libro y a dilucidar la frontera que se creó al pasar, como dice Margit Frenk, de la lectura en voz alta a la letra muerta. Estoy totalmente de acuerdo con ella en que la lectura colectiva en voz alta duró incluso hasta el siglo XIX.

Solamente una de las ponencias aquí presentadas se ubica en los últimos años de la colonia, en tanto que las otras dos tienen como escenario el siglo XVI y el siglo XVIII respectivamente. En realidad las tres se inscriben en lo que algunos autores han llamado el México tradicional o premoderno, en el que

seguramente las lecturas se difundían a través de quienes *sabían* leer.

Cuando Liborio Villagómez habla de que para facilitar el sistema de distribución los editores adoptaron la costumbre de vender los “libros en rama” o en “pliegos sueltos”, se refiere a la historia de los libros como objeto, es decir, a una distinta manufactura del volumen. ¿Acaso esas diferencias de hechura pudieron suscitar en aquellos lectores una recepción distinta del texto? ¿Existe alguna distancia entre un libro antiguo y el lector moderno? ¿Podríamos nosotros hoy día leer, por ejemplo, el *Amadís de Gaula* tal como lo leyeron los hombres del siglo XVI?

Resulta interesante escuchar la opinión de Robert Darnton: podemos gozar la ilusión de salirnos del tiempo para entrar en contacto con autores que vivieron hace siglos. Pero aun cuando sus textos nos hayan llegado casi intactos —algo cercano a lo imposible si consideramos la evolución del formato y de los libros como objetos físicos— nuestra relación con esos textos no puede ser la misma que la de los lectores en el pasado.

Al libro como objeto se ha referido también Eduardo Flores Clair, luego de explicar la dificultad que tenía el Real Seminario de Minería para importar libros e instrumentos técnicos desde Europa; ésta situación llevó a elaborar reediciones y traducciones que, poco a poco, marcaron una distancia temporal, espacial y valorativa con respecto a las ediciones originales.

Pero la historia del libro no solamente se queda en el objeto físico y

los sistemas empleados para hacerlo circular: se han analizado también las estructuras, motivos y objetivos del texto, así como las prácticas que, diría Roger Chartier, se apoderan de esos objetos o formas produciendo usos y significaciones diferenciados. Existe una relación inevitable entre libro, texto y lectura.

Cuando Isabel Quiñonez relata los deseos que tuvo Joaquín Fernández de Lizardi de crear una Sociedad Pública de Lectores, nos permite suponer el proceso que sufrió la lectura al irse volviendo experiencia privada de unos cuantos letrados que se afiliaban a esos clubes. La propuesta de Fernández de Lizardi revela sus intenciones por promover la lectura grupal en un ambiente de comodidad: quizá éstos fueron los antecedentes de las modernas bibliotecas.

Las prácticas sociales en torno a los textos permiten reconstruir cuál era la relación entre los lectores o escuchas y los libros. Aquí cabe mencionar la inquietud del Real Seminario de Minería por conformar una biblioteca que contuviera no ya los viejos libros teológicos, bíblicos o morales en latín, sino aquellos que contuvieran un bagaje distinto al de las antiguas ramas del conocimiento.

El escenario y las actitudes que rodean al libro descubren los ángulos de percepción que de ellos tienen los hombres. Basta un ejemplo de Robert Darnton para explicarlo: en un grabado de la biblioteca de la Universidad de Leyden de 1610, se ve a los estudiantes dispersos por la sala, leyendo los libros en estantes hasta la altura de los hombros

y debajo de las repisas. Leen de pie, protegidos del frío con pesadas capas y sombreros, con un pie recargado sobre un tubo para aligerar la presión de sus cuerpos. La lectura no podía ser confortable en la época del humanismo. De modo que si los libros-objetos y los escenarios en que son leídos cambian, los significados también cambiarán. Cuando Isabel Quiñónez explica que Fernández de Lizardi se dirigió a un nuevo mecenas llamado el *público* y no ya a una institución u hombre poderoso para publicar sus textos, está reflejando un nuevo significado social de la lectura, por el hecho

mismo de la aparición de esa masa amorfa intangible que era el público.

Para terminar retomaré un ejemplo más. Cuando Liborio Villagómez habla de la preocupación de los libreros por crear una mejor distribución de sus libros, supone que el motivo es difundir la civilización europea y sobre todo la española, para más adelante concluir que el arte de imprimir ejerció desde un principio, en el siglo XVI, una influencia psicológica primordial en el pensamiento de quienes se arrojaron a la conquista. Si bien es cierto que la ambición del oro y el

deseo de aventura los empujó a invadir otros pueblos, éste fue un deseo alimentado por una gran cantidad de libros de caballerías que las prensas españolas producían, y en las que se describían tierras lejanas en las que abundaba la riqueza. Esto reafirma la idea de Chartier de que una mejor circulación transforma formas de sociabilidad permite nuevas ideas y modifica relaciones de poder; pero si las aventuras narradas en los libros de caballería llevaron antaño a muchos hombres a aventurarse por mares desconocidos ¿cuál es la aventura que hoy nosotros jugamos después de leerlos?

Las mil y una historias del libro

Lourdes Villafuerte García

“Breves comentarios sobre algunas cosas relacionadas con el papel indígena”, de Hans Lenz; “Forma y contenido de los impresos del siglo XVI en la Biblioteca Nacional de México”, de Jesús Yhmoff, y “La transferencia de los grabados novohispanos del siglo XVI”, de María Isabel Grañén.

La lectura de estas tres ponencias nos pone ante el amplio mundo que rodea la producción del libro. Pocas veces, al mirar o leer un libro, pensamos en los múltiples procesos que deben cumplirse y en la cantidad de personas que intervienen para que el libro exista: el escritor, el editor, el impresor, el ilustrador, el grabador, el librero, el lector...

La tecnología relacionada con la

producción de libros se asocia de inmediato al nombre de Gutenberg de Maguncia, ya que la imprenta de tipos móviles inventada por él a mediados del siglo XV marca el importantísimo paso de la producción limitada de libros a la de gran escala, lo cual significa al mismo tiempo una mayor difusión.

El trabajo de Hans Lenz nos pone ante una evidencia: la tecnología aplicada a la producción libresco no se reduce a la imprenta, sino que debe ampliarse a la producción de los materiales escríptorios. Lenz se refiere a uno de los más importantes: el papel.

Hans Lenz nos presenta en su trabajo una detallada disección del papel utilizado por los nahuas y mayas para elaborar sus códices. Así, nos da cuenta de un con-

cienzudo análisis químico que él mismo llevó a cabo para determinar que el material utilizado para pintar 44 códices poscolombinos, que se creía eran de fibra de amate, que se creía eran de fibra de amate.

La puntual descripción que hace Lenz del proceso que se llevaba a cabo para la elaboración del “pseudopapel” utilizado en el área maya y en el centro de México, nos da noticia de los procesos seguidos para su elaboración: maceración, batido, aglutinamiento, alisado, etcétera. Lenz no se queda en el análisis químico del papel, sino que va también hacia el análisis de los colorantes utilizados para pintar los códices, para lo cual se vale de la espectrografía. Nos enteramos así de que se usaron colorantes de origen vegetal, mineral y animal, como la cochinilla y el púrpura.